

SIMÓN RODRÍGUEZ. *Sociedades Americanas en 1828*. Edición facsimilar documentada y anotada de los cinco impresos que conforman el proyecto editorial. Edición coordinada por María del Rayo Ramírez Fierro, Rafael Mondragón Velázquez y Freja Innina Cervantes Becerril. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2018.

Crónica de una lectura impactante. Comentarios a la edición facsimilar de Simón Rodríguez, *Sociedades Americanas*

La experiencia lectora es intransferible y, por eso mismo, difícil de rastrear y de describir; sin embargo, en las siguientes líneas intentaré hacer una breve reseña de una lectura impactante, que necesariamente es fragmentaria y en apariencia inconexa por la naturaleza misma de la obra del filólogo, pensador y pedagogo Simón Rodríguez: *Sociedades Americanas en 1828*. A partir de este ensayo, fundacional en muchos sentidos, las ideas rodriguistas originaron una tradición radical del pensamiento y de la literatura latinoamericana. La edición facsimilar publicada por la Universidad Autónoma Metropolitana reúne las cinco ediciones que, bajo el mismo título, conformaron el proyecto editorial de este autor filotipográfico: *Sociedades Americanas en 1828. Cómo será y como podrían ser en los siglos venideros*, Arequipa, sin editor, 1828; *Sociedades Americanas en 1828. Cómo será y como podrían ser en los siglos venideros 4^a. Parte Luces y Virtudes sociales. Primer cuaderno*, Concepción, Imprenta del Instituto, 1834; *Sociedades Americanas en 1828. Luces y virtudes sociales*, Valparaíso, Imprenta del Comercio, 1840; *Sociedades Americanas en 1828. Cómo serán y cómo podrán ser en los siglos venideros*, Lima, Imprenta del Comercio por J. Monterola, 1842; y *Crítica a las providencias del gobierno*, Lima, Imprenta del Comercio por J. M. Monterola, 1843. La reunión de estas obras fue el resultado de una ardua y extensa investigación interdisciplinaria e interinstitucional.

Un encuentro que un día debía suceder

Hace ya muchos años, en 2011 o 2012 —quizá poco después, pero no lo recuerdo bien—, Rafael Mondragón me visitó en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Traía consigo copias de una edición de *Sociedades Americanas*, pero no sabría decir cuál de los intentos que se hicieron antes de la actual edición facsimilar. Me contó, con brillo en los ojos, sobre las maravillas de Rodríguez, resaltando explícitamente los elementos del estilo tipográfico de su obra. En ese entonces, yo estaba enfrascada en mi libro sobre edición colonial en Puebla y no pude decirle muchas cosas ni orientarlo en profundidad, sólo recuerdo haberle indicado que, para interpretar las claves editoriales y microtipográficas de Simón, era necesario estudiar los talleres de imprenta

donde el autor había trabajado y las técnicas gráficas del momento de producción. Como bien había señalado Donald F. McKenzie al hablar de la “sociología de los textos”, éstos “son formas registradas”, por ello es menester conocer “los procesos de su transmisión, incluyendo su producción y su recepción”.¹ Así, para comprender cómo las distintas sociedades elaboraron y transmitieron los significados y explicaciones que dieron a los otros seres y a su entorno material y conceptual, no se debe disolver el componente simbólico del texto del de los soportes que permiten, justamente, la transmisión de las ideas.

Luego de ese encuentro, en 2016, fue Freja Cervantes quien me sacó nuevamente el tema de Rodríguez, como editora de cepa que es, también estaba maravillada por la versatilidad gráfica del polígrafo venezolano. Pero, aún entonces, yo seguía sin haber leído a don Simón, sin saber qué había escrito y cuánto le había costado publicar sus textos. Poco tiempo atrás, la misma Freja me invitó a conocer la obra, y a ello se debe esta lectura que, al parecer, hace muchos años estaba destinada a ocurrir.

El arte de “facsimilar”

Abrir la caja que porta los facsimilares de *Sociedades Americanas* se parece mucho a la experiencia de abrir una puerta cuando se está dentro de un cuarto oscuro: hay una luz cegadora que le impone a uno un momento de acostumbamiento y reacomodo de pupilas, y lo ubica en una actitud receptiva particular. Los 6 volúmenes son ligeros en su peso, limpios en su presentación, atractivos por su minimalismo, en una palabra, coherentes y respetuosos del proyecto editorial que les dio razón de existir. Justamente, las claves para entender la aventura de la edición facsimilar, así como cada una de las decisiones que se tomaron en un proceso que duró varios años están detalladas en el primer cuaderno: *Sociedades Americanas en 1828 de Simón Rodríguez. Edición facsimilar, documentada y anotada de los cinco impresos que conforman el proyecto editorial*, que porta el estudio compuesto e interpretado a 6 manos por María del Rayo Ramírez, Rafael Mondragón y Freja Cervantes; el proceso descrito ahí es una suerte de fuga musical a través de un tiempo largo, porque sigue los pasos de una melodía primaria, la obra de Rodríguez.

Y he ahí la primera de las muchas piezas sonoras de esta empresa. Ese estudio es en sí mismo una guía metodológica muy útil para quien decida ser editor, para quien practique el complejo arte de la ecdótica, para quien desee entrenarse en el duro oficio del rastreo de fuentes antiguas o para quien se proponga realizar interpretaciones del devenir histórico de las ideas filosóficas, políticas, filológicas y sociales en nuestra región. La puntual y detallada forma en que los autores relatan los avatares propios

¹ D. F. McKenzie, *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal, 2005, 8.

y los de su grupo de investigación para llegar hasta la caja facsimilar constituye un ejemplo no sólo de tenacidad, sino de un rigor académico que debería sernos totalmente natural. Esa misma pulcritud y prodigalidad se encuentra en cada uno de los estudios introductorios de los otros 5 ejemplares restantes, tres a cargo de cada uno de los autores antes citados, y otros dos escritos por Guadalupe Correa y Daniela Rawics.

La artillería tipográfica de Simón

Pero si los estudios introductorios, ricamente hilados y bellamente bordados con un nutrido aparato crítico, resultan un deleite para el lector, es porque la obra del propio Rodríguez lo provoca y lo merece de sobra. La lectura de los textos de Simón me despertó diversas emociones, y algunas se parecen al dibujo centrífugo y expansivo que se genera al tirar una piedra sobre un manto de agua.

La vanguardia tipográfica del proyecto editorial —propuesta quizá consciente, pero de un alcance estético superlativo si se la mira a través de la historia del libro y de la cultura gráfica de América Latina— nos deja en un estado de trance. El *ostinato* de versales, versalitas, puntos, plecas, llaves y los cambios en los cuerpos de letra son un *tour de force* ineludible para quien desee intimar con Simón. Si se lee la obra en orden cronológico, hay que esperar el volumen *Luces y virtudes sociales*, aparecido en Valparaíso —edición prologada por Correa—, para tener de primera mano las pautas de la armadura de clave que nos propone seguir el autor y, así, entender el cromatismo de su ideario. Entre las reglas de su sintaxis escritural, se lee:

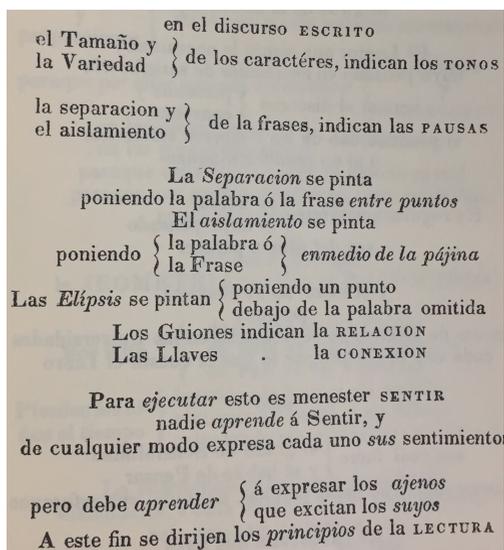
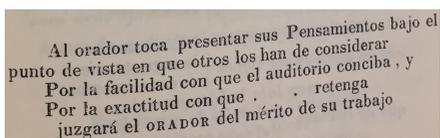


Imagen 1. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828*.
Luces y virtudes sociales, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1840, p. 55

Pero la novedosa propuesta gráfica no se limita exclusivamente a las pistas micro-tipográficas del texto y, como él mismo señala en otros sectores de su discurso escrito, también se expande y rebasa la forma del emplazamiento en la mancha tipográfica. La axialidad predominante de los esquemas genera una cadencia de blancos inhabituales, creando vitales figuras arbóreas y criaturas aladas que oxigenan, con luz plena, la página.

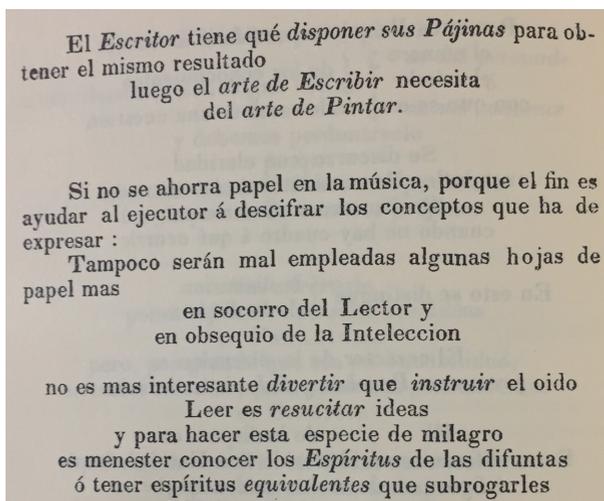
Las reglas del juego autoral también se gestan en los comentarios paratextuales que, de forma constante, Simón le ofrece al lector, como aquellos en los que indica las ventajas —fruto de no poca resignación— de publicar obras grandes por partes. El autor receta los postulados de su *homeopatía editorial* argumentando en favor de *dar una probadita de texto* a los lectores para ver si luego quieren más; pero esa doctrina medicinal también va en favor de la lectura intensiva, *deglutida, saboreada y digerida*, en contraste con la que se hace de manera extensiva.

Junto a los tópicos de la libertad de imprenta, la lengua, la educación y el reclamo por los avatares de “ser publicitado” (es decir, “publicado”, en la jerga de su época), el tema de la *lectura* será un bajo continuo del relato rodriguista; de ahí que también se engarce con las reflexiones en torno a la Biblioteca y al orden de los libros. Sobre la lectura, por ejemplo, dice:



Al orador toca presentar sus Pensamientos bajo el punto de vista en que otros los han de considerar
 Por la facilidad con que el auditorio conciba . y
 Por la exactitud con que . . . retenga
 juzgará el ORADOR del mérito de su trabajo

Imagen 2. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828. Luces y virtudes sociales*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1840, p. 53



El *Escritor* tiene que *disponer sus Páginas* para obtener el mismo resultado
 luego el *arte de Escribir* necesita del *arte de Pintar*.

Si no se ahorra papel en la música, porque el fin es ayudar al ejecutor á descifrar los conceptos que ha de expresar :

Tampoco serán mal empleadas algunas hojas de papel mas
 en socorro del Lector y
 en obsequio de la Inteleccion

no es mas interesante *divertir* que *instruir* el oido
 Leer es *resucitar* ideas
 y para hacer esta especie de milagro
 es menester conocer los *Espíritus* de las difuntas
 ó tener espíritus *equivalentes* que subrogarles

Imagen 3. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828. Luces y virtudes sociales*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1840, p. 54

Particularmente interesantes son las réplicas que da a sus detractores —el que le critica el modo de escribir como un artilugio pirotécnico para vender más papel—, respuesta que se hace presente en la edición de Concepción de 1834. Con no poca ironía, Rodríguez ensarta un rosario argumental que vincula —en estrecha relación multidimensional— escritura-lectura-ortografía-ortología y puesta en página. Simón Rodríguez dice así:

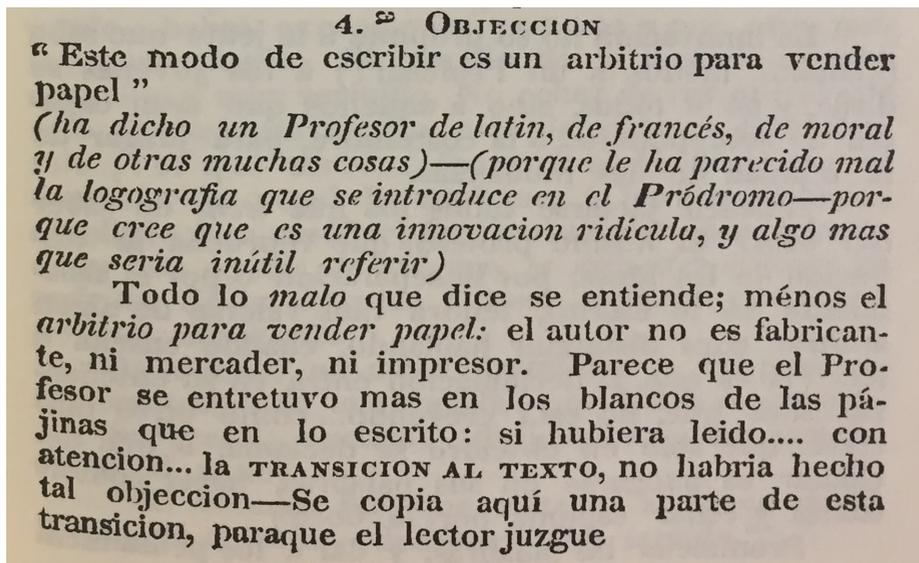


Imagen 4. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828. Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros, 4ta. Parte Luces y virtudes sociales. Primer cuaderno*, Concepción, Imprenta del Instituto, 1834 p. 17

Es evidente la relación que sobre estos temas hay entre el pensamiento de Rodríguez y la obra de su paisano Andrés Bello, quien —junto con el escritor colombiano Juan García del Río— propuso en 1823 una ortografía, también conocida como *ortografía chilena*, que recogía el español americano y procuraba la correspondencia entre grafemas y fonemas.²

Además de los arriba mencionados, hay otro tema que surca la obra del venezolano, como aquel en el que enaltece la lengua y la mano; y compara la pintura y el habla en la edición de Valparaíso de 1840. Con expresiones que dirige especialmente a los “jóvenes”, se lee en este fragmento una suerte de manifiesto:

² Andrés Bello y Juan García del Río, “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América” (1823), en Andrés Bello, *Estudios gramaticales*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981.

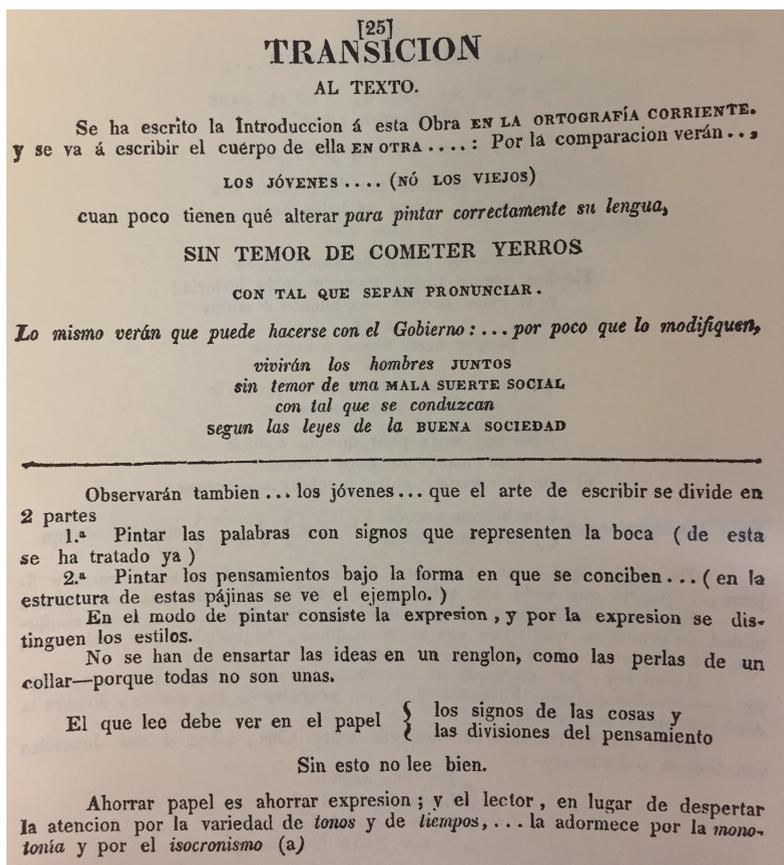


Imagen 5. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828*.
Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros, Arequipa, 1828, p. 25

Pero si el dominio de la caja tipográfica de Simón Rodríguez es sorprendente por poderoso y versátil, quizá lo más llamativo de su obra radica en sus ideas políticas. No me detendré en la formación ideológica del autor ni en los vínculos que tuvo con sus coetáneos, o en la impronta que dejó en sus discípulos, cosas todas que otros estudiosos han abordado con mucha altura y mejor solvencia, pero sí quiero decir que leer a Rodríguez en este preciso momento histórico, especialmente del contexto regional, demuestra con meridiana claridad qué quiere decir *la vigencia de un autor y su obra*.

Al ver la barbarie en que derivan los populismos y en plenos conflictos migratorios, fue significativo para mí ver su voz recorrer el tiempo y hablar justamente sobre esto cuando señala que “todos anhelan por ‘emigraciones’, los europeos por vaciar su suelo de gente inútil, los americanos por llenarlo con ella”. Su propia experiencia migrante, a ambos lados del Atlántico, le permiten hacer esa reflexión, el dilema del movimiento lo acompañó siempre y, por eso, se ve plasmado en su propia escritura.

A él no le bastan las palabras ya inventadas y, en cambio, propone elaborar nuevas para denominar las realidades políticas necesarias, por tal razón dice:

Así como los Neografistas, Neolojistas i Linguistas, han hecho Ortografías, Palabras i Locuciones nuevas, así los Publicistas deberían hacer una NEOCRACIA [*nuevo poder*] —fundándolo en principios buenos, porque los que rijen actualmente son malos.

Imagen 6. Fragmento. Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828. Luces y virtudes sociales*, Lima, Imprenta del Comercio por J. M. Monterola, 1843, s. p.

Homologando en parte la idea del sincretismo, en la edición de Arequipa de 1828, nos invita con las siguientes palabras: “Hagan las repúblicas nacientes de la India Occidental un sincolombismo. Borren las divisiones territoriales de la administración colonial, y no reconozcan otros límites que los océanos. ¡Sean amigas si quieren ser libres!”.

Por tal motivo, la recomendación —a manera de epígrafe— que estampa en la edición arequipeña de 1828 es por demás inspiradora, cuando nos hace reflexionar en “cómo serán y cómo podrían ser los siglos venideros”, y apunta a que los americanos han de pensar, y no pelear unos con otros.

Por todo ello, y a casi dos siglos de su publicación, *Sociedades Americanas en 1828* de Simón Rodríguez está más vigente que nunca.

Marina Garone Gravier
Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México
marinagarone@gmail.com

